

ÉMILE DURKHEIM**LA ENSEÑANZA MORAL EN LA ESCUELA PRIMARIA***

Traducido por
Inés Elvira Castaño**

Nota introductoria

El presente trabajo de Émile Durkheim sobre “La enseñanza moral en la escuela primaria”, fue hallado por la investigadora Jaqueline Gautherin en los archivos de la biblioteca de la Escuela Normal de Institutores de Auteuil, antiguo pueblo cerca del bosque de Bolonia que hoy en día hace parte de la ciudad de París. El texto es el resultado de una conferencia dictada por Durkheim en aquella institución a comienzos de siglo.

Aunque no se tiene un conocimiento de la fecha precisa en la cual le pronunciada, los indicios sugieren que dicha conferencia tuvo lugar durante el primer trimestre del año académico 1908-1909 o bien en el del año 1909-1910 (recordemos que en Europa las labores académicas comienzan en el mes de septiembre). En ella Durkheim quiere mostrar a los futuros maestros cómo enseñar la moral a los niños sin recurrir a la religión. Francia venía sufriendo un proceso de laicización desde 1882 que la escuela no podía ignorar. Por el contrario, se esperaba que ella jugara un papel decisivo en su afirmación y difusión.

El texto consta de dos partes precedidas de una introducción. En la sección introductoria Durkheim quiere mostrar que es posible desligar la moral de cualquier religión o teología, pues no obstante su afinidad, moral y religión son dos entidades diferentes. En la primera parte estudia la noción de moral y sus elementos constitutivos. Como es sabido, Durkheim entiende por moral el conjunto de normas y reglas que prescriben las acciones de los individuos y son impuestas por la sociedad. Para él estas normas son obedecidas no por temor a la sanción sino por interiorización, esto es, por convencimiento propio. En la segunda parte compara la moral religiosa con la moral laica. El poder moral en la esfera religiosa domina los hombres desde fuera y en la moral laica es un poder interno representado por la sociedad a la cual se pertenece. Estos puntos de partida le permiten a Durkheim sugerir las formas de enseñanza del concepto de moral a los niños íntimamente ligados al de sociedad. Sugiere que el maestro utilice las experiencias cotidianas del juego infantil, y le muestre a los pequeños cómo en estos juegos se crean grupos que establecen reglas que de alguna manera reproducen las normas de la sociedad mayor. Les invita, además, a utilizar la historia para mostrar que cada agrupación social del pasado —como las de la actualidad— tuvo su propio sistema normativo, sin el cual sus integrantes no podían vivir en armonía.

El inesperado hallazgo de Jaqueline Gautherin —editora del texto francés— enriquece con un trabajo más los esfuerzos de Durkheim por elaborar una teoría de la moral a partir de las contribuciones de la sociología. Vale la pena subrayar que el lector no se encontrará aquí con un texto de gran estilo como suelen ser los escritos de Durkheim.

* Traducido de Émile Durkheim, “L’enseignement moral á l’école primaire” *Revue Française de Sociologie*, vol. XXXIII, No. 4, octubre-diciembre de 1992, pp. 609-623.

** Profesora de la Facultad de Educación de la Universidad Pedagógica Nacional.

Esto se debe a que la traductora estuvo siempre atenta a mantener el clima coloquial — de diálogo— con el cual el fundador de la sociología francesa pronunció su charla ante los estudiantes de la Escuela Normal de Auteuil.

Esta traducción hace parte del esfuerzo permanente de la Revista Colombiana de Educación por difundir en nuestra lengua los textos clásicos del pensamiento educativo. Como se sabe, las traducciones facilitan el diálogo con otras tradiciones culturales y abren las posibilidades para la aclimatación y domesticación del pensamiento extranjero.

Inés Elvira Castaño



Introducción

Desde hace unos treinta años, emprendimos en Francia una empresa pedagógica que en verdad es una de las más arduas Intentadas hasta el momento. Hemos resuelto enseñar a nuestros niños de las escuelas primarias la moral en términos puramente laicos. Yo soy de aquéllos que creen que la empresa es necesaria y posible. También estoy convencido de que una revolución de este tipo no se desarrollará sin tropiezos. Es evidente que ella era mucho menos simple y más difícil de lo que los hombres de coraje y de fe pensaban, y a quienes se les reconoce además el gran honor de haber tenido la iniciativa. Esto explica cómo a pesar del celo y el ardor de los maestros, los resultados dejan todavía mucho que desear.

Es por ello —pues de distintas formas esta cuestión ha sido quizás una de las mayores preocupaciones de toda mi vida— que he pensado que no habría un tema que me permitiera hablar de manera más útil con ustedes en el día de hoy. De hecho el problema es mucho más complejo, mucho más difícil de lo que puedo esperar tratarlo en toda su dimensión en el espacio de una conferencia. Para hacerles comprender, para justificar como debiera el método que convendría seguir en la enseñanza de la moral laica, y hacerles ver a ustedes cómo este método debe aplicarse con todo detalle a las cosas particulares, sería necesario un año y seguramente mucho más. Pero como me dirijo aquí a personas enteradas, pienso que es factible mostrarles en el poco tiempo de que dispongo el sentido en el que esta enseñanza de la moral laica debería orientarse en la escuela primaria, y me dije que era posible al menos expresarles la idea directriz en la cual ella debe inspirarse. Esto es lo que pretendo hacer.

Veamos cómo debe enunciarse el problema: se trata de saber cómo se puede enseñar la moral sin recurrir a una especie de religión revelada o a un tipo de teología racional. No es que pretenda cuestionar el derecho de existencia de estas teologías, pero es claro que las doctrinas metafísicas no son asequibles a los niños. Estamos en la Imposibilidad de hacer uso de ellas en la escuela primaria. Dejémoslas entonces de lado.

Pero para que estemos autorizados a dejar de lado las religiones, es evidente que debemos tener la capacidad de pensar que racionalmente lo podemos hacer mejor o tan bien como ellas. Es necesario que tengamos razón en creer que podemos facilitar los servicios que ellas han prestado y por consiguiente, nuestra primera preocupación debe ser la de buscar cuáles son esos servicios que la religión ha ofrecido, con el fin de ver si estamos en capacidad, y en qué medida, de satisfacer las mismas necesidades, pero de otra manera.

En fin, ustedes comprenden que la alianza contraída antiguamente entre la moral y la religión no puede ser sólo producto de la interpretación del hombre. Desde hace siglos, las ideas morales se han resguardado detrás de las ideas religiosas, y durante mucho tiempo se ha confundido moral y religión. Y bien, una afinidad tan estrecha entre estas dos clases de ideas, entre estos dos tipos de concepciones, debe evidentemente corresponder a alguna cosa real, debe evidentemente estar fundada, en alguna medida, en la naturaleza de las cosas.

Carácter de los hechos morales

Voy a mostrarles el carácter esencial de la moral; lo que la distingue de todo aquello que no le es propio, de todo lo que no es verdaderamente la actividad humana.

Lo que caracteriza las cosas morales, lo que las distingue de las demás cosas humanas, es el valor inconmensurable que nosotros le reconocemos en relación con otras cosas que desean los hombres. Para cerciorarnos dejemos de lado las teorías de los filósofos, dejemos a un lado sus libros. Estos filósofos, para ser comprendidos, han intentado llevar sus sistemas a fórmulas simples, a reglas en las cuales sus concepciones estuvieran más o menos alteradas para hacerlas inteligibles a la masa. Dejemos de lado entonces la moral de los libros, interroguemos la conciencia pública tal como ella habla entre ustedes, tal como ella habla a su alrededor.

No cabe duda que para toda conciencia justa, hoy como antes, en todos los países y en todas las épocas, para toda conciencia justa, los bienes morales han sido considerados siempre carentes de una medida común con los otros bienes que los hombres desean y persiguen. Podemos admitir sin dificultad que en los platos de una balanza se pongan de una parte los intereses industriales y de otra los intereses higiénicos. Podemos admitir que se coloquen en la balanza los intereses de la ciencia y los del arte. Podemos evaluar, por ejemplo, las ventajas de una reforma sanitaria y lo que ella cuesta; podemos examinar silos inconvenientes higiénicos de una práctica Industrial son compensados por sus ventajas económicas. Admitamos que se pueda preguntar si el estado estacionario de la civilización, en un país dado, no se halle compensado por tal progreso de las ciencias, o inversamente.

Pero lo que no podemos admitir sin sentir inmediatamente por dentro de nosotros elevarse una protesta, es que los progresos de la Inmoralidad puedan ser compensados por los progresos de la Industria, o los progresos del arte, o los de las ciencias. No podemos concebir, por un lado, que el valor económico, artístico, científico, y el valor moral por el otro, puedan ser, en alguna medida, entendidos como equivalentes. No podemos concebir que entre estos dos tipos de valor pueda haber una medida común, y es por esto que la moral no nos enseñará jamás que la inmoralidad pueda ser borrada, compensada por una ventaja industrial o científica. La inmoralidad de una sociedad no es menor porque en ella se encuentren muchos artistas, muchos sabios y muchas grandes máquinas industriales. Aunque sea muy pequeño el lugar que la moral ocupe en el orden de las cosas humanas, nuestras conciencias deben darle un puesto aparte.

¿De dónde viene entonces este lugar excepcional que se [le]^{*} ha asignado? Analicemos la vida moral del individuo. Toda la vida moral del hombre es dirigida por un cierto número de reglas, de principios, de máximas, de acciones que nos indican, que nos prescriben cómo se debe reaccionar en diferentes circunstancias. La moral es un sistema de reglas.

La existencia de esas reglas, de esas máximas que determinan la acción no tienen nada de particular en la vida moral. No hay profesión en donde no haya reglas que observar. Toda profesión tiene su técnica, es decir el código de principios que ha consagrado el oficio. El obrero que talla las piedras tiene su técnica como el médico tiene la suya para curar al enfermo, como el profesor tiene la suya en su enseñanza, como el ingeniero tiene la suya en su fábrica. Toda nuestra vida física está dirigida por la técnica de la higiene y de la medicina. Existe un conjunto de reglas para observar si queremos comportarnos bien o si queremos curarnos. Esas reglas, se las exigimos a los médicos, aunque ellas no existan. Esas reglas, esas leyes de la técnica profesional, de la higiene, tienen un carácter propio, un carácter utilitario: nos sometemos a ellas porque con ellas nos encontramos bien, porque las pruebas a las cuales esas reglas han sido sometidas

* Las palabras que aparecen entre corchetes a lo largo de la conferencia, pertenecen a Jaqueline Gautherin, la editora del texto en francés.

las han consagrado, porque las experiencias pasadas nos garantizan su valor de principio. Los hombres se han sentido bien al seguirlas durante tanto tiempo que por lo tanto hay alguna razón para creer que nosotros también nos sentiremos bien con ellas. Entonces nos sometemos simplemente porque esperamos obtener de esta sumisión resultados ventajosos. Si nos conformamos con las reglas de la higiene, es porque es la mejor manera de evitar las enfermedades; cumplimos las órdenes del médico porque es la mejor manera de curar la enfermedad. Nuestra conducta está siempre determinada en estos casos por un móvil: resultado desagradable al que nos exponemos si violamos los principios; resultado agradable si los seguimos. Son siempre consideraciones utilitarias las que nos guían: es la naturaleza intrínseca del acto prescrito y sus probables consecuencias; es el deseo de ver este acto producir inmediatamente consecuencias [agradables].

Es totalmente diferente en lo que concierne a las reglas de la moral. Si las violamos, nos arriesgamos a ser dejados de lado, en cuarentena, señalados. No conversarán de la misma manera con nosotros, no nos tratarán de la misma forma, nos estimarán menos, y seremos inclusive despreciados. Si la violación es muy fuerte, la sociedad misma nos golpeará. He aquí las consecuencias desagradables de nuestra conducta. Pero es también constante, universal, que para que un acto sea moral, para que un acto sea considerado como moral por la conciencia pública, no es suficiente que se conforme materialmente a la regla que lo prescribe, no es suficiente que se haya cumplido tal como fue ordenado. Es necesario que no haya temor a los castigos, ni deseos de recompensas. La conciencia moral siempre ha sido unánime en este punto: no sería moral el acto si nosotros lo realizáramos para evitar las consecuencias punibles o para buscar resultados agradables. He aquí algo bien particular. Para que un acto sea moral, debe ser realizado de cierta manera. Para que la regla sea obedecida como es conveniente, como deba ser, es necesario que nos sometamos a ella, no para evitar los castigos o para obtener recompensas, sino simplemente porque la regla ordena, y por respeto hacia ella, porque la consideramos respetable. Es necesario, en una palabra, como lo dice la conciencia pública, cumplir con el deber porque es el deber, por respeto al deber.

Ustedes se preguntarán ¡cómo es esto posible! Constaten ahora simplemente que todo el mundo habla así. No hablo aquí de los filósofos. Pero ustedes también sienten que para que sea así, es necesario que haya en estas reglas un prestigio muy particular, una autoridad excepcional que haga plegar esta voluntad y nos imponga la obediencia. Sí, esas reglas morales tienen esta autoridad. Todos sabemos muy bien con qué tono de mando habla el deber cuando él habla. Tiene un tono cortante, tajante; no permite ninguna duda. Por lo general dudamos cuando nos preguntamos lo que hay que hacer en la vida con nuestra conducta utilitaria. Pero cuando se trata del deber, todo es claro, todo es nítido. Ordena de una forma precisa. Para tener una idea de su forma, debemos escucharnos. Escuchen esta voz interior que todos los hombres conocen muy bien. La mayoría de los hombres no saben de donde viene, pero todos la sienten en ellos, y cuando ella se hace oír es con un acento tal que no podemos desconocerla. Podemos hacerlos los sordos con esta voz, pero no podemos negarla. Ella tiene un carácter imperativo, ella ordena, y es aquí donde se siente la seguridad con la cual nosotros reaccionamos cuando por fin creemos ver claro. Aunque lo hayan dicho ciertos filósofos, el deber no es simplemente un conjunto de consignas severas, imperativas, a las cuales hay que obedecer porque ellas lo ordenan. Si la moral no fuera más que eso, si ella tuviera exigencias de este género, es probable que los hombres no pudieran practicarla. Si la moral no fuera más que estos mandatos, uno se preguntaría por qué los hombres podrían violarla.

Al pensar en cumplir con el deber, no es suficiente que éste hable de manera imperativa; es necesario que los actos que él indica puedan tocarnos, motivarnos. Es necesario que el acto reclamado no nos sea extraño, que podamos desearlo, que de alguna manera se nos aparezca como bueno y digno de ser amado. La moral se nos presenta, de una parte, como un sistema de principios imperativos. Pero sino fuera más que eso, podríamos seguramente conformarnos, podríamos fácilmente ceder a la obligación, pero no podríamos quererla verdaderamente. Para quererla, se requiere que podamos también amarla. Es esto lo que ha sentido la opinión común, cuando dice que en la moral hay dos ideas, la idea de deber y la idea de bien.

¿Pero que significa la idea del bien? Significa que la moral no es solamente un sistema de reglas, sino que el acto moral es bueno, que puede ser deseado, que podemos amarlo. El filósofo Kant intentó, ya que tenía un alto concepto del deber, llevar la noción de bien a la idea de deber. Pero esta reducción es imposible. No podemos llevar la idea de bien a la idea de deber. La idea de bien tiene su propio resplandor, no podemos violar [¿velar?] este resplandor ante nuestros ojos sin que se ensombrezca un poco su horizonte, la moral debe mostrárenos amable y digna de ser amada,



mortales. Entonces, si las sociedades son mortales, no es menos cierto que su existencia es extremadamente más larga que la del individuo. Las generaciones pasan, la sociedad permanece. Su vida no se cuenta por días, por semanas, por años; se cuenta por siglos. En consecuencia, en el tiempo también, ésta sobrepasa al individuo. Es también un poder moral, pues la colectividad es el sistema formado por todas las conciencias individuales en el presente y en el pasado. Ella sobrepasa al individuo en el espacio, pero también lo sobrepasa desde el punto de vista de la riqueza moral. Por consiguiente, hay en las conciencias individuales menos civilización, menos moralidad que en la totalidad, y ninguno de nosotros la asimila en su totalidad. La ciencia, el arte, la religión, todas las creencias, todas las ideas de la técnica económica, industrial, comercial, todo esto está en la sociedad; todo esto nos sobrepasa, nos desborda de todas maneras.

Todas las religiones presentan a dios como el legislador de la conducta humana. Pero allí está la historia que nos muestra la realidad, y esta realidad es que el verdadero poder legislador de los hombres, el único, es la sociedad. Cuando miramos la realidad, vemos también que la moral ha vivido la vida de las sociedades. Cada sociedad ha tenido su moral, tiene su moral. Existió la moral griega, la moral romana. La moral evoluciona en el espacio como evoluciona en el tiempo. Se decía anteriormente: la moral griega, la moral romana no se parecen a la nuestra; pero eso se debía simplemente a que el espíritu de la gente de ese tiempo no era suficientemente abierto: ellos no podían ver la verdad donde estaba. Y bien, la historia no nos permite aceptar una tesis como esta. Si los romanos tenían una moral distinta a la nuestra, no es de ninguna manera como consecuencia de su error, de su engeguamiento. No, es porque no podían tener otra. Teniendo en cuenta la organización de la ciudad romana, la moral no podía ser otra que la que era. Los romanos no podrían haber vivido con otra moral. Si por casualidad, hubiéramos podido infiltrar nuestras ideas en el espíritu de los romanos, la ciudad romana no habría vivido. El día en que las ideas morales cambiaron, el imperio romano se derrumbó. El papel de la moral es permitir a los hombres vivir juntos, y no de dejarlos morir. Puesto que en un momento dado, no había posibilidad sino de sociedades de este género, sólo había posibilidad de morales de este tipo. Si la sociedad romana no hubiera existido, ustedes hoy tomarían partido de eso. Pero nuestra civilización viene de ella en gran parte. Si el eslabón de la cadena histórica hubiera faltado, la misma historia no habría podido ser lo que ha sido. No es por casualidad, por un capricho del hombre, que la moral ha cambiado. No, es porque según determinada sociedad, no puede haber sino determinada moral. Si ustedes me muestran cómo se concibió el matrimonio, la familia en una sociedad, yo podré decirles cuál era la moral de esta sociedad, pues todo esto está íntimamente ligado.

Nuestra moral está ligada a nuestra organización social, como la moral romana estaba ligada a la organización de la ciudad romana, como la moral griega era un producto de la sociedad griega. Relean el admirable y aún joven libro de Fustel de Coulanges: *La ciudad antigua*, y quedarán convencidos. Es la sociedad la que instituye la moral, puesto que es ella quien la enseña. Si suponemos que se puede demostrar la verdad moral fuera del tiempo y del espacio, para que ésta se traduzca en realidad, será necesario que haya sociedades que se apropien de ella, que la sancionen y la hagan realidad. Para la justicia que solicitamos, es necesario que haya legisladores que la hagan convertirse en ley. La moral no es una cosa de libros; ella brota de la fuente misma de la vida y se convierte en un factor real en la vida de los hombres. Ella solamente está en la sociedad y para la sociedad.

He aquí entonces un aspecto de la divinidad que encontramos en la sociedad. Vemos cómo nos gobierna ese gran poder que posee la sociedad; toda la legislación moral nos viene de ella. Un dios no es solamente un maestro respetado, un maestro temido, es también un poder que da seguridad y bienestar. ¡Y bien! La sociedad también cumple en sí misma esta condición. La sociedad, de cierta manera, nos domina, nos sobrepasa, nos dirige. A cada instante nos limita, nos solicita que hagamos sacrificios por ella. De este lado se nos muestra como un gran poder dominador.

Pero ella no está totalmente fuera de nosotros: también está en nosotros. No es verdaderamente real y viviente sino dentro de las conciencias particulares. Está dentro de nosotros y fuera de nosotros. Es la mejor parte de nosotros mismos. Todo aquello que hay en nosotros de verdaderamente humano, nos viene de la sociedad, todo aquello que conforma nuestras conciencias de hombres nos viene de ella. El lenguaje es un producto de la sociedad, que como la moral, expresa una de las fisonomías de la sociedad. Aprender las palabras, no es solamente aprender los sonidos: es también aprender las ideas. Un diccionario contiene toda una manera de pensar. En una lengua, hay una mentalidad propia. Aprendiendo una lengua acumulamos un sistema de ideas que expresan la realidad y un conjunto de formas de ver las cosas. Es aprendiendo la lengua materna como se forma nuestro espíritu. La lengua nos viene de la educación social. Otra escuela en la cual nos formamos, es la ciencia. Ustedes reciben aquí una cultura científica. Ustedes saben cómo el espíritu se forma bajo la acción de la ciencia, y se forman incluso en aquellos que, de hecho, no recibieron directamente esta cultura, aquellos que sin duda fueron privados de toda cultura científica sin beneficiarse en nada. La ciencia se elabora para todos, y los descubrimientos de uno solo se convierten en propiedad de todos. La geometría nos ha enseñado a hacer, a actuar de cierta manera; la noción de causa nos ha sido dada por la ciencia; todas las grandes nociones, todas las nociones esenciales que adquirimos cada día, las obtuvimos en la escuela de la ciencia. - Que retiren de nuestro espíritu todo aquello que hemos adquirido a través del lenguaje, por la ciencia, ¿qué nos quedará? Retiren igualmente todo lo que viene de una vida afectiva, sueñen con esos múltiples sentimientos domésticos, con esos múltiples sentimientos morales que tenemos. Diremos que permanecerá aún en nosotros el amor paternal, maternal. ¡Falso! Ha habido ciertas sociedades donde estos sentimientos no existieron nunca, donde no había el sentimiento paternal. Yo no sé si hay algún sentimiento en el corazón del hombre que no venga de la sociedad. Es la sociedad la que despierta estos sentimientos según los tiempos, según los lugares, según las condiciones. Los sentimientos evolucionan indiscutiblemente.

Ustedes ven cómo nuestro espíritu es el producto de la acción social. Y no es sólo durante el primer período de nuestra vida que la sociedad se mezcla en nuestra vida interior, o cuando somos adultos. En realidad, esta acción continúa consolidando y perpetuando la obra edificada. Si no lo hiciera, si esta acción no se continuara, la obra social se derrumbaría. Nuestra organización, una vez formada, tiene siempre necesidad de sostenerse. El ser moral que la sociedad crea en nosotros desaparecería y moriría, si no reparara permanentemente sus pérdidas como los alimentos reparan los desgastes de nuestro cuerpo. Actuamos, luego nos [des]gastamos. Pero no podemos fatigarnos antes de haber recibido un alivio. Es necesario que el presupuesto de nuestro organismo físico se mantenga en equilibrio para lograr un estado de salud. Pasa lo mismo con nuestro organismo moral. Los esfuerzos que hacemos para lograr el éxito, implican desgaste. Para sostener esos esfuerzos hay, en cada momento, elementos que nos llegan, que vienen de afuera, sin que lo pensemos. Hay allí un flujo de fuerzas que nos reconfortan perpetuamente, sin que nos demos cuenta. No podemos prescindir entonces de la aprobación de nuestros semejantes, de la aceptación de la opinión pública.

Sin duda, podemos resistirnos contra ella, pero no lo lograremos jamás sino a condición de desgastarnos por largo tiempo. Estamos obligados a sacar de nosotros mismos el esfuerzo para la nueva lucha. Cuando sentimos a nuestros contemporáneos de acuerdo con nosotros, nos llenamos de sentimientos que experimentamos que nos vienen de ella. Nos sentimos más fuertes, pero es que en realidad somos más fuertes. Son fuerzas reales a pesar de que no se midan con dinamómetro. Somos realmente más fuertes. Necesitamos ser apoyados, estimulados; esta es una acción de todos los instantes pero la sentimos sobre todo en las épocas críticas, cuando estamos particularmente abatidos, descorazonados. Si nos mezclamos a un grupo al cual nos sentimos atraídos, nos vemos de inmediato fortalecidos. Es en estas ocasiones que se siente la utilidad de la familia, la utilidad de las agrupaciones, las fiestas y las ceremonias públicas. ¿Para qué sirven estas manifestaciones? Sirven para mantener los sentimientos colectivos de la sociedad al reunir las masas, al invitarlas a revivir estos sentimientos y expresarlos en común. En cuanto se reúne a los individuos, ustedes saben cuántos sentimientos se exaltan. Los partidos políticos se han dado muy bien cuenta de esto. Ellos buscan todas las ocasiones de agrupar a los Individuos para reconfortar, exaltar sus sentimientos. Nuestra voluntad se encuentra entonces reforzada por la agrupación. Existe de esta manera, sin que lo veamos muy claramente venir de afuera un aporte permanente de fuerza, que nos sostiene incesantemente y del cual no podemos prescindir.

Ustedes comprenden entonces cómo la sociedad al mismo tiempo que es un poder legislador, es también un poder auxiliador, una fuente de fuerza, motivo por el cual debemos amarla; es de ella que nos viene en parte nuestra vida. Caeríamos en el rango de la brutalidad si elimináramos lo que ha hecho por nosotros. Retiren el lenguaje, no queda más que la sensación de la vida animal; ya no hay ideas generales. Todas las formas superiores de la actividad humana son de origen social. La religión lo había entendido bien. Yo les digo aquí, en una forma laica lo que se enseña en las iglesias: hay en el hombre una parte superior que le sobrepasa, chispa divina; es el alma, expresión simbólica de una realidad. Hay dentro de nosotros algo, una parte superior, excelente, que nos sobrepasa, que sin dejar de ser nuestra está por encima de nosotros. Esta parte es justamente lo que la sociedad ha desarrollado. Pero ¿qué sería del hombre sin la sociedad? Si no hubiera sociedad, el hombre no sería un ser humano. No podríamos saber, en verdad, lo que sería el hombre por fuera de una sociedad. Miren ustedes ahora cómo podemos querer la sociedad a pesar de que ella nos dirija, pues quererla es queremos, negarla es negarnos: nuestra suerte está ligada a la suya.

Si no estuviera presionado por el tiempo, les mostraría, de una parte, el paralelismo de la noción de una sociedad, y de otra, la noción de la divinidad. Un dios es necesario para sus fieles, pero el dios necesita de sus fieles, él reclama ofrendas y sacrificios. El dios se moriría si no le lleváramos sacrificios a sus altares. Las religiones de hoy en día son más idealistas que las antiguas, pero este dios que se adora hoy en día tiene también necesidad de quienes lo adoran tanto como los dioses de otra época. Si el dios cristiano no fuera adorado, rezado, no existiría. Él no vive sino porque nosotros le oramos. Nosotros le conferimos la existencia, le damos vida, así como nosotros la tenemos de él. Ustedes encuentran el mismo círculo en la vida social. El individuo necesita de la sociedad. Pero, de [¿otro?] lado, es muy claro que la colectividad no seña nada sin los individuos. Tenemos necesidad de la sociedad, pero ella también necesita de nosotros. A veces, cuando se mostraba todo lo que hay de superior en el individuo, se decía: la sociedad no existe por fuera de la conciencia individual. Pero, ¿qué se prueba con esto? Nada. Hay allí un círculo como hay otro en la vida. Sólo hay hasta aquí el elemento de misterio que estamos acostumbrados a sentir alrededor de la divinidad, que no encontrábamos ni siquiera en la sociedad.

¿Qué vemos de la sociedad? No percibimos sino algunos pocos elementos: aquellos que están agrupados alrededor nuestro. Sin embargo, en este preciso instante, hay alrededor nuestro como una serie de murmullos confusos que suben y nos llegan de todas partes, y que nos penetran. Todo esto, es el eco de una vida común enorme, de la cual no conocemos sino una pequeña parte. ¡Escuchen! ¡Es el enorme rumor sordo, confuso, de esta gran máquina social! ¡Pero nosotros no lo sentimos sino de una manera misteriosa, porque este poder que se agita es vago y misterioso! Cuánto más miro, más me convenzo que en el fondo de la divinidad no hay otra cosa que el poder de la colectividad expresada con la ayuda de los símbolos. Imaginábamos que los dioses antiguos eran poderes físicos. Esto no es sostenible; ustedes sienten que por fuera de las grandes fuerzas físicas existe otra que nos toca más de cerca: es este gran poder moral del que hemos hablado. Y el dios, y los dioses, han sido ante todo conocidos como poderes morales. Tenemos todas las razones para suponer que el poder divino es la sociedad personificada, hipostasiada.

La sociedad puede jugar el mismo papel en la vida moral que aquel que las mitologías le asignaron a los dioses de todos los tiempos. El papel de los dioses es remplazado por la sociedad. Podemos sustituir el poder político, el poder social, por el poder religioso. Esta sustitución es legítima. Ella no hace más que volver las cosas a su lugar. Reemplaza el símbolo por la realidad que este símbolo expresaba, pero que desnaturalizaba al expresarlo.

Enseñanza de la moral laica en la escuela

La enseñanza de la moral se hace entonces posible. Se acaba la enseñanza puramente libresca. La enseñanza consiste en hacer ver una realidad, hacerla tocar con el dedo. Enseñar las ciencias, es enseñar algo real. Enseñar la moral, es mostrar cómo la moral se relaciona con una cosa real. Con frecuencia estamos obligados a dejar estas ideas en el aire, no vemos con qué se relacionan. En efecto esta realidad existe. Ustedes pueden hacérsela ver a los niños. Hay allí todo un mundo que les permitimos ignorar y en el cual hay que hacerles penetrar. Les hacemos descubrir el mundo físico, pero no les decimos nada del mundo social. Podemos servirnos de la historia para mostrarles los lazos que nos unen al mundo. Estos lazos dominan nuestra vida, pero no son lazos materiales que podamos tocar. No siempre los sentimos, por lo tanto los negamos. Debemos abrir los ojos del pensamiento que hagan ver cómo, por el solo hecho de que los hombres vivan juntos, dependen de otras cosas además de ellos mismos.

No hay enseñanza más importante. He aquí cómo las enseñanzas que se desprenden de la vida real pueden preparar desde ya la primera formación de esta idea moral. Podemos hacerle ver al niño que él es diferente cuando está en grupo que cuando está solo. Podemos hacerle ver cómo, cuando está desanimado, encuentra el ánimo; que cuando está solo, no es lo mismo que cuando está con sus compañeros. Hay sobre todo una enseñanza de la historia que debería servir precisamente para hacer ver el significado de esta realidad social. Podemos indicarles lo que los hombres eran antiguamente, cómo estaban ligados a una agrupación, cómo cada generación determina la siguiente. De esta manera le haremos descubrir al niño todo ese mundo del pasado, nuevo para él y para el cual sus sentidos no están aún ejercitados. La enseñanza misma de las ciencias es útil desde este punto de vista, pues no crean que el hombre es el único que vive en grupo. Todo el universo no es más que una inmensa sociedad de la cual cada cuerpo celeste es una parte. El átomo atrae al átomo, la célula atrae a la célula. Hemos dicho que el cuerpo humano no es más que una asociación de células. Esta ley de grupos domina el universo entero. Hay aquí ideas muy simples y nada complejas que pueden ser

presentadas de forma muy elemental. Toda la enseñanza debería desarrollar esas ideas. Si ella no lo puede hacer, no hay nada qué hacer en la enseñanza de la moral.

Para que la enseñanza de la moral sea posible, debemos mantener intacta la noción de sociedad. Debemos sostener que la sociedad es la condición misma de la civilización y de la humanidad. Y puesto que la patria no es otra cosa que la sociedad más organizada, ustedes entreverán que negar la patria no es simplemente suprimir ciertas ideas recibidas: es atentar contra la fuente misma de la vida moral.

Creemos que podemos oponer la patria a la humanidad. Esto es el resultado de un enorme error. El grupo más constituido, el más elevado, es la sociedad política, es decir la patria. Con seguridad sé muy bien cuáles son los sentimientos nobles que subyacen a esta negación de la patria. Puesto que la maquinaria social es una maquinaria pesada, no evoluciona siempre a la medida de nuestros deseos. La sociedad, tal como ella es, aparece como un obstáculo a las almas ardientes, enamoradas del ideal. Nada más humano que querer despejar el obstáculo. Y he aquí cómo, bajo la influencia de sentimientos generosos, llegamos a la conclusión de que la sociedad actual es un enemigo que hay que vencer y del cual hay que deshacerse a cualquier precio. No trataré de frenar en ustedes estos ardores generosos si ustedes los sienten. Creo, por el contrario, que no hay lugar para atenuarlos arbitrariamente; y si, por casualidad, estos ardores pueden ser algo excesivos, me remito al contacto con la realidad para ofrecerles, lo antes posible, los atenuantes necesarios. No se trata de protestar contra esos sentimientos, pero lo que yo quisiera hacerles comprender es que esos sentimientos son muy violentos y que se vuelven contra ellos mismos.

En suma, ¿quién crea esas nuevas ideas? Es la sociedad. Debemos entonces interesarnos por ella para alcanzarlas. A ella le debemos la poca justicia que tenemos. Es sólo a ella que podemos exigirle la justicia más elevada a la cual aspiramos. Si buscamos destruir nuestra patria, negarla, buscaremos destruir el instrumento necesario para las transformaciones que podemos esperar. Esta destrucción de la patria que soñamos no ha sido siempre un sueño. Ella se realizó ya anteriormente. Existió un momento en el cual todas las patrias decayeron. Todas las sociedades que componían el Imperio romano destruido por las invasiones de los bárbaros no sucumbieron. Pero ¿qué es lo que resultó de esta subdivisión al infinito? Un inmenso retroceso de la civilización. La Edad Media no fue más que un período de tinieblas. La destrucción de la patria no podría tener otros resultados. Yo no sé si sería posible impedir que las violencias se produzcan; tal vez en el futuro jugarán un papel como el que han tenido en el pasado, pero más repulsivo. Es posible que un día u otro haya una nueva Edad Media, pero es necesario que sea menos larga, menos tenebrosa que la nuestra.

La sociedad presente ama la de ayer y aquella del mañana que la sociedad de ayer y la de hoy llevan a cuevas. Y si el alumbramiento es doloroso, laborioso, esta es una razón para ayudarla en su trabajo y no irnos contra ella. Hay que amarla en sus miserias, pues como hace parte de nuestro ser moral en todas nuestras fibras, sus miserias son también las nuestras; sus sufrimientos son también los nuestros. No es posible que nos dejemos ir contra ella por un arrebató violento sin que nos causemos daño y nos destrocemos a nosotros mismos.